Iglesia Joven de la Univ. Adventista de San Pablo
COMENTARIO DE LA LECCIÓN

II Trimestre de 2008
"Jesús es maravilloso"

Lección 9
(24 al 31 de Mayo de 2008)

La ternura de su amor

Denis Konrado Fehlauer

Definir el amor no es una tarea sencilla. Las opiniones están encontradas. ¿Está el amor relacionado con la pasión, el sentimiento, el compromiso, la complicidad, el compañerismo, el respeto, o es todo eso y algo más? Hay una definición que podemos encontrar en 1 Corintios 13-7. En este pasaje se describen actitudes interiores que se revelan en la conducta de aquél que ama. Así, para saber si tú eres amado/a, podemos observar muy atentamente a otra persona para ver cómo te trata. Descontando las fallas humanas –aún quien ama comete sus errores– ese es método bastante confiable.

A partir de esta perspectiva, los evangelios nos proporcionan una radiografía nítida acerca del corazón amante de Jesús. La mujer sorprendida en adulterio puede dar fe de ello. La situación que se le presentó a Jesús no tenía demasiado margen. La aplicación rígida de la Ley exigía la pena de muerte. El perdón irrestricto haría de Él alguien como esas personas que tratan al pecado de manera negligente y descuidada. Pero escribir la vida secreta de los acusadores en el suelo donde ella debía ser castigada fue un acto de ternura y amor para con todos. Todo eso sin ser tolerante con el pecado. Los acusadores comprendieron que no eran mejores que ella, aunque con la salvedad de no tener que pasar por la vergüenza de que sus pecados fueran puestos a la luz.

La mujer percibió dos cosas importantes: podemos encontrar perdón en Dios y debemos –obligatoriamente –dejar nuestras malas acciones; en caso contrario, tarde o temprano, comprometeremos nuestra felicidad en nuestra vida, además de la eternidad.

Jesús siempre pareció estar del lado del más débil o necesitado. En su último discurso antes de ir a Jerusalén, posiblemente en la casa de Pedro (compara Marcos 9:33 con Mateo 17:24, 25), algunas personas trajeron a sus hijos para que tuvieran un contacto con Cristo. Era costumbre de los judíos llevar los niños ante la presencia de los rabinos para recibir la imposición de manos y bendiciones (ver *El Deseado de todas las gentes*). Pero los discípulos creyeron que eran muy pequeños para que pudieran aprovechar la entrevista. Según su manera de pensar, Jesús tenía cosas más importantes que hacer, como predicar el evangelio a los adultos.

El se indignó con la actitud de los discípulos (Marcos 10:14) y se dispuso a recibirlos. De repente, aquellos que se los consideraba una incomodidad se convirtieron en ejemplo de las personas que estarán en el cielo. A juzgar por lo que sucede hoy y por

el entorno de aquella ocasión, el corazón de un niño rara vez es prioritario. No obstante, el Salvador a los menores al comienzo de la fila. Con ese tratamiento preferencial demostró amor, mezclado con una ternura más que dispuesta. En este momento, cuando tú lees estas líneas, puede ser que tus hijos te estén pidiendo un poco de atención. No dejes de atenderlos. Valdrá la pena. Hablando de esto, voy a interrumpir por unos minutos mi actividad de escritor y voy a desearles una buena noche a mis hijos. Mejor aún, voy a quedarme un rato al lado de su cama antes que se duerman. Si Jesús hizo una pausa en homenaje a los pequeños, ¿por qué nosotros no deberíamos hacer lo mismo?

Jesús no fue cariñoso únicamente con los niños. Un episodio interesante ocurrió en casa de los hermanos Marta, María y Lázaro. En lo que respecta a María, no es muy difícil percibir la ternura de Cristo. Mientras su disgustada hermana estaba haciendo sola sus interminables tareas, le estaba prestando atención a la tranquila alumna que estaba a sus pies. Encima, defiende de manera pública de esa actitud, con una aparente indiferencia: “María, pues, ha escogido la mejor parte, la cual no le será quitada” (Lucas 10:42). En su diálogo posterior con Marta la ternura ya no es tan evidente, pero aún así, tenemos algunos indicios.

En primer lugar la repetición del nombre puede indicar afecto, o preocupación. Notemos, por ejemplo, el momento en el que los discípulos y Jesús están tomando la última cena. En un momento dado de su discurso, Él se dirige a Pedro con las siguientes palabras: “Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte. Y tú, una vez vuelto, confirma a los hermanos” (Lucas 22:31, 32). Jesús no parece estar enojado con Pedro, pero como un Padre que busca anticiparse a los actos de sus hijos y desea librarlos de un sufrimiento mayor, les revela el futuro de su vida. Saulo también escuchó su nombre dos veces seguidas: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9:4). Considerando lo que pasó luego en la vida de Pablo, no parece probable que la manera de hablar haya sido ruda, agresiva o en tono airado.

Así, Jesús debe haberse dirigido a Marta con profundo interés. La actitud de amor y ternura de Cristo se manifiesta en el intento de liberarla de su actitud rayanas en lo neurótico: “Pero Jesús le respondió: ‘Marta, Marta, estás preocupada y turbada por muchas cosas” (Lucas 10:41). “Turbada” hace referencia a la ansiedad interior de esas que le quitan la paz a las personas. La expresión “preocupada” parece señalar la consecuencia de este innecesario desasosiego.

Marta, María y Lázaro eran amigos de Jesús. Amar a los que nos aman es un comportamiento casi natural. “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen lo mismo los paganos?” (Mateo 5:46, 47). Si el amor puede ser observado en nuestras actitudes para con las demás personas, ser solidario con quien nos maltrato no es demasiado fácil, pero eso fue lo que Cristo hizo. Eso no significa que tengamos la obligación de invitar a personas que no nos agradan a cenar a casa, viajar juntos, o salir por allí abrazándose a ellos diciéndoles cosas bonitas.

En verdad, el amor por otro ser humano se manifiesta cuando la otra persona, aún siendo un enemigo declarado nuestro, necesita realmente de nuestra compasión o perdón. Jesús no andaba por allí diciendo palabras dulces, u ofreciéndoles préstamos

a aquellos que lo perseguían. Pero ciertamente oraba por ellos. Y en el momento de decidir por la condenación o el perdón, escogía darle una oportunidad más. Su oración es un buen ejemplo de esto: “Y Jesús dijo: ‘Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen’” (Lucas 23:34).

A veces, en determinadas ocasiones, Cristo condenó públicamente los pecados de sus amigos o enemigos. Hay personas que no tienen problema alguno en señalar los problemas ajenos. Especialmente si el otro no es demasiado simpático con sus ideas. Generalmente, esas personas no se dirigen a los que se equivocan, sino que esparcen las malas noticias por todos lados. Otros no se sienten demasiado cómodos en confrontar a las personas a las que aman. Jesús iba directo a la enfermedad y el camino de la sanidad. Eso era evidencia de ternura y amor por los corazones endurecidos.

Hay gente que sólo se da cuenta del precipicio al cual se está dirigiendo cuando se lleva un susto. Pero tengamos cuidado de no andar diciendo por allí que estamos en condiciones de hacerlo tal como Jesús. El leía los corazones. Tú y yo no estamos en condiciones de hacer eso.

Entonces, es cuestión de amar, y de actuar con cautela, especialmente si es necesario que le abramos los ojos a quien esté en pecado. “Os envío como ovejas entre lobos. Sed prudentes como serpientes, y sencillos como palomas” (Mateo 10:16.

Denis Konrado Fehlauer
Pastoral Universitaria
Universidad Adv. de San Pablo

Traducción: *Rolando D. Chuquimia*